Y en otra ocasión el Salvador dijo también a Santa Brígida: *Pocas personas piensan con cuántos dolores estaba clavado al madero de la cruz cuando mi corazón se rompió; se destrozó por la violencia de los dolores: mi corazón estalló*[1].

Oigamos ahora a la santa Virgen qué dijo a la misma santa que al acercarse la muerte de su Hijo *su corazón se hendió por la violencia de los dolores*[2].

Encuentro algo semejante en el ejercicio 10.° de las INSINUACIONES DE LA DIVINA PIEDAD de Santa Gertrudis en el que ella habla así a nuestro Redentor: *Tu divino Corazón se rompió en tu muerte por el exceso de tu amor por mí*[3]. De suerte que podemos decir que moriste de amor y de dolor por mí. Y es esto lo que cada uno de nosotros puede decir también con toda verdad.

Gran Dios ¿quién oyó nunca algo semejante? Oh pecador, ¿no abrirás tú los ojos para reconocer el amor de tu Salvador? Oh corazón humano, ¿no te impresiona amor tan ardiente? ¿No te rendirás? ¿No te con-

1. Ib. cap. 106.
2. Rev. L. 1, cap. 10.
3. Exerc. Laudis et Grat. actionis.

vertirás? ¿No amarás a quien tanto amor tiene por ti?

¿Hasta cuándo permanecerá tu corazón sepultado en el fango de la tierra? ¿En el estiércol y en las vanidades de este mundo? ¿No querrás amar al que es todo corazón y todo amor por ti, y te promete un imperio eterno si quieres amarlo? Esto es lo que pide de ti pues después de pronunciar aquellas palabras: *Yo os amo como mi Padre me ha amado,* añade: *Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y he permanecido en su amor*[1]. Después de lo cual nos sigue diciendo: *Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros y vuestro gozo sea pleno*[2].

Por consiguiente, ¿quieres dar una gran alegría a tu Salvador y hacer que tu corazón esté alegre y contento, y que comiences tu paraíso en la tierra? Ama a tu Salvador sobre todas las cosas y a su prójimo como a ti mismo. Eso es todo. Oh Jesús, te

1. Juan 15,9-10.
2. Juan 15,11.

doy enteramente mi corazón. Madre de Jesús, te lo doy también, con los corazones de mis hermanos y hermanas; ofrécelos, te ruego, a tu Hijo y ruégale que tome de ellos posesión plena y eterna.

Oh Creador mío, te debo más que mi cuerpo y mi alma porque me has dado los tuyos, tu vida y a ti mismo. ¿Cómo te pagaré? Si yo tuviera millones de vidas y te las ofreciera millones de veces en cada momento nada sería. Pero como tengo tanta obligación contigo y nada puedo pagarte, ven Tú mismo y ejecútame y toma lo que tengo. Te ofrezco las potencias de mi alma, los sentidos de mi cuerpo, todos mis miembros, mi corazón y mis entrañas; los sacrifico por entero a tu adorable voluntad para que ella haga con ellos lo que le sea más agradable. No quiero ojos sino para mirar lo que Tú quieres que mire, ni oídos sino para obedecer a tu santa palabra. Que me arranquen la lengua si no me sirvo de ella sino para bendecirte; que mi corazón estalle en mi pecho si no te ama; que pierda la memoria si no me sirve para acordarme de ti; que me falle la razón si no te conozco y te admiro; que me corten las manos si no las empleo en tu servicio. No quiero pies

sino para buscarte y seguirte. No quiero voluntad sino para querer o no querer según lo dispongas lo que más deseo en todas las cosas es tu beneplácito. Haz de mí lo que Tú quieres puesto que has hecho por mí más de lo que yo hubiera atrevido a querer o desear. Me abandono enteramente entre tus manos, Dios mío, que quieres mi bien más que yo mismo, pues eres el único en conocerlo y el único que puede concedérmelo.

Capítulo XV

Cuarenta llamas de amor al Corazón de Jesús

1. Corazón admirable de mi Jesús, me llena de alegría contemplar en Ti las grandezas, tesoros y maravillas de todos los seres creados e increados.

2. Divino Corazón, objeto primero del amor del Padre eterno y del tuyo propio, me entrego a Ti para abismarme por siempre en ese amor.

3. Corazón adorable del Hijo único de María, mi corazón se llena de gozo al comprobar que tienes más amor por esa amable

Virgen que por todo cuanto ha sido creado, y que ella también te ama más que todas las criaturas juntas. Entrego mi corazón a ese amor mutuo del Hijo y de la Madre.

4. Amabilísimo Corazón de mi Salvador, te ofrezco el amor que arde por ti en los corazones de los divinos amantes y les ruego que asocien mi corazón a los suyos en este mismo amor.

5. Oh Jesús, Rey legítimo y soberano de todos los corazones, sé Tú el Rey de mi corazón y que yo sea todo corazón y amor por Ti como Tú eres todo corazón y amor por mí.

6. ¿A dónde escaparé, buen Jesús, de tu justicia si no me ocultas en tu Corazón?

7. Corazón admirable, principio de mi vida, que sólo viva en Ti y por Ti.

8. ¡Cuán caro te ha costado, amabilísimo Corazón, puesto que me has comprado con la última gota de tu sangre! ¡Qué alegre estaría mi corazón si pudiera darte la última del suyo!

9. Tú me has colmado, Corazón bondadoso, de tus gracias y favores; que todos los actos de mi Corazón sean de amor y de alabanzas a ti.

10. Corazón benignísimo, nunca has es-

tado sin amarme; que toda la inspiración de mi corazón sea amor por Ti.

11. ¡Oh Corazón caritativo, que has muerto por darme la vida, que yo viva de tu vida, que muera de tu muerte y por tu amor!

12. Tu Corazón, oh Jesús, está abrasado de purísimo amor por mí; que también yo te ame, no buscando mi interés temporal o eterno sino únicamente por amor a Ti.

13. Tu Padre, oh mi Jesús, ha puesto todo en tus manos y tu amor las mantiene siempre abiertas para dármelo todo; que cuanto soy y tengo sea enteramente tuyo y para siempre.

14. Dios de mi corazón, que el amor que te llevó a morir por mí me haga también morir por Ti.

15. Oh Corazón inmenso, ¿podrá haber algo mayor que Tú? ¿Y quién puede decirme que existe algo más grande, en el cielo o en la tierra, que aquél a quien yo he dado mi corazón?

16. Corazón de Jesús, eres Tú quien me ha dado a mi Jesús para que sea mi tesoro, mi gloria, mi vida y mi todo; haz que también yo sea todo para Él.

17. Hijo único de Dios, ¿cómo es posi-

ble que siendo el Hijo de tan buen Padre hayas querido tener un hermano tan malo como yo, que tanto he ofendido a ese Padre adorable?

18. Corazón lleno de sabiduría y de luz, que siempre estás pensando en mí y en los menores detalles que me conciernen; haz que mi espíritu y mi corazón estén también adheridos siempre a Ti y que yo te sirva fielmente en las cosas grandes y pequeñas.

19. Corazón poderoso, con tu poder destruye en mi corazón cuanto te desagrada.

20. Corazón inmenso, que me amas por doquier, que también yo te ame en todas partes y en todas las cosas.

21. Corazón fidelísimo, amor que quiere más a tus amigos en la adversidad que en la prosperidad, haz que yo te ame más en las aflicciones que en los consuelos.

22. Corazón del Rey de los humildes, abismo de humildad, aplasta en mí cuanto es contrario a esa santa virtud y hazla reinar plenamente en mi corazón.

23. Corazón obedientísimo, que has preferido perder la vida antes que desobedecer, haz que yo ame con ternura esa virtud sin la que es imposible agradar a Dios.

24. Corazón infinitamente más puro, que

los corazones angélicos, fuente de toda pureza, imprime en mi corazón un especial amor a la pureza y horror a todo lo que le es contrario.

25. Oh Corazón, hoguera ardiente de caridad, consume en nosotros lo que se opone a esa divina virtud y hazla reinar en los corazones de los hijos de Dios.

26. Oh divino Corazón, ¿quién puede comprender el odio infinito que tienes al pecado? Imprime ese odio en nuestros corazones para que no odiemos en este mundo sino a ese monstruo infernal que es el objeto único de tu odio.

27. Oh Padre de Jesús, ama a tu Hijo Jesús por mí y comunícame el amor que le tienes.

28. Oh Jesús, ama a tu Padre por mí y enciende mi corazón con el amor que le tienes.

29. Oh Espíritu adorable, que eres todo amor y caridad, ama a mi bondadoso Padre y a mi amabilísimo Jesús por mí y transforma totalmente mi corazón en amor hacia ellos.

30. Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, ama a tu divina Madre por mí y enciende mi corazón en el amor que le tienes.

31. Oh Madre de amor, ama a Jesús que

es tuyo y mío, por mí, y concédeme participar del amor que le tienes.

32. San José, San Gabriel, San Joaquín, Santa Ana, San Juan Bautista, San Juan Evangelista, San Lázaro, Santa Magdalena, Santa Marta, todos los apóstoles y discípulos de Jesús, todos los santos mártires, sacerdotes, levitas, santas vírgenes y todos los demás santos y santas, especialmente los preferidos del Corazón de Jesús y de María, amad a Jesús y a María por mí y suplicadle que me hagan según su Corazón, que me cuenten en el número de los hijos de su Corazón y me asocien al amor que vosotros les tendréis eternamente.

33. Oh mi Jesús, puesto que tu Padre me lo ha dado todo cuando te dio a mí, todos los corazones del universo me pertenecen; tomo, pues, todos esos corazones, quiero amarte con todo el amor de que eran capaces cuando los creaste para que te amaran.

34. Dijiste, Jesús mío, que viniste a la tierra para encender fuego en ella y que no tienes deseo mayor sino el de que ese fuego abrase todos los corazones[1]. ¿Cómo es

1. Lc. 12,49.

que la tierra toda está llena de corazones de hielo para Ti? La única causa de ello es el pecado. Oh pecado, execrable, acepto gustoso verme reducido a cenizas para verte destruido en todas las almas.

35. Oh Corazón de mi Jesús, hoguera inmensa de amor, envía tus llamas sagradas a todos los corazones del universo para iluminarlos con tu luz celestial y encenderlos en tus divinos ardores.

36. Oh buen Jesús, por amor a mí tanto amaste la cruz, que tu espíritu llama día de las alegrías de tu Corazón al día de tus grandes sufrimientos; haz que yo ame y abrace de todo corazón las cruces que me vengan por amor a mi amabilísimo Crucificado.

37. Amabilísimos Corazones de Jesús y de María, que sois uno solo por unidad de espíritu, de voluntad y de afecto, haz que este indigno hijo vuestro sólo tenga un corazón con vosotros y con todos los corazones que os pertenecen.

38. Oh Corazón de Jesús, ya que el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo te ha entregado a mí al darme a Jesús, y eres verdaderamente mi Corazón, ama por mí todo lo que debo amar y de la manera como Dios quiere que yo ame.

39. Oh Corazón de Jesús y de María, tesoro inestimable de toda clase de bienes, sé Tú mi único tesoro, mi refugio, mi salvaguardia. Es a Ti a quien puedo acudir en todas mis necesidades; aunque todos los corazones de todos los hombres me engañaran y abandonaran tengo gran confianza de que el fidelísimo Corazón de mi Jesús y el de su benigna Madre, no me engañarán ni me abandonarán jamás.

40. Escúchame, escúchame, oh gran hoguera de amor, es una humilde brizna la que pide con humildad y encarecimiento verse abismada, absorbida, perdida, devorada y consumida en tus sagradas llamas para siempre.

DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE MARÍA

I. El origen y el fundamento de esta devoción

La devoción al santísimo Corazón de la Santa Virgen Madre de Dios no es algo nuevo. Es tan antigua como la religión cristiana y el Evangelio, pues el evangelista San Lucas la menciona dos veces en el mismo capítulo de su Evangelio. En el v. 19 del capítulo 2.º dice: «*María conservaba estas cosas meditándolas en su Corazón*» y en el v. 51: «*Su Madre conservaba en su Corazón el recuerdo de todo aquello*».

Así pues, esta devoción tiene su origen y fundamento en el santo Evangelio. Porque si el Espíritu Santo que inspiró a los evangelistas cuanto ellos escribieron, quiso que uno de ellos nos hablara tan honrosamente del Corazón Virginal de la

Madre del Salvador y nos la presentara como la fiel depositaria de los principales misterios que obró en la tierra y como libro viviente y evangelio eterno en el que está escrita su vida, es para que a imitación suya honremos este Corazón perfecto digno de honor eterno.

El mismo Espíritu, que escogió al Corazón de la Madre del amor hermoso para tener en él su descanso y establecer el trono de su amor, no se contentó con evangelizárnoslo mediante San Lucas. Quiso utilizar también los oráculos y doctores de su Iglesia para anunciarnos sus eminentes perfecciones y para incitarnos a tributarle el honor y las alabanzas que le son debidos.

En efecto, muchos santos Padres como San Ambrosio, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San León, San Bernardo, Beda el venerable, San Lorenzo Justiniano, San Buenaventura, San Bernardino de Siena y otros hablan de ella digna y santamente. Podrás comprobarlo a lo largo de este estudio y en el Oficio y la Misa compuestos en honor de este santísimo Corazón donde se les cita en diversos lugares.

El doctor y piadoso Ricardo de Saint-Laurent, penitenciario de Ruán, que vivió

hace más de cuatrocientos años, dice, en su obra de los doce libros de alabanzas de la Santa Virgen, que de ese Corazón partieron los dos primeros hechos que dieron comienzo a nuestra salvación, a saber, la FE y el CONSENTIMIENTO que ella dio a la palabra del Ángel; que ese Corazón es el primero entre todas las criaturas que fue digno de recibir en él al Verbo eterno salido del Corazón de su Padre para venir a este mundo; que en este Corazón pacífico la Misericordia y la justicia divina se dieron el beso de paz; que a ese Corazón materno, en el momento de la Pasión de nuestro Señor, lo afligieron mil heridas y violentos dolores por nuestros pecados; que llevó sobre sí nuestros dolores con los del Salvador y realizó de verdad aquellas palabras: *Ninguna herida como la de su corazón*[1] porque toda e íntegro el Corazón de esta Madre afligida fue traspasada por mil dardos de dolor.

El mismo autor nos advierte que el dignísimo Corazón de la Madre de Dios es como una biblioteca viviente que encierra

1. Eccli. 25,13.

cuanto de más singular y grande hay en todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. De ahí que lo llame *Archivo de las Escrituras*[1]. Y añade que es un libro vivo en el que el dedo de Dios, que es el Espíritu Santo, escribió la vida de Nuestro Señor Jesucristo[2].

El sabio y piadoso Juan Gerson, una de las lumbreras de la célebre Universidad de París, dice que el Corazón de la Madre del Salvador es como la zarza de Moisés, que arde siempre en el fuego de una ferviente caridad, sin jamás consumirse; que es el verdadero altar de los holocaustos sobre el que el fuego sagrado del divino amor se halla encendido día y noche; que el sacrificio más grato a Dios y más útil al género humano, después del sacrificio que Jesucristo hizo de sí mismo en la cruz, es el holocausto que la santa Virgen ofreció al Padre Eterno en el altar de su Corazón, cuando miles de veces y con tanto amor, ella le ofreció este mismo Jesucristo, su Hijo único y amadísimo. Jesucristo fue sa-

1. Lib. 12; Lib. 10.
2. Lib. 4 y 12.

crificado una vez en la cruz, pero innumerables veces fue inmolado por nosotros al Padre en el Corazón de su santa Madre.

Muchos otros eximios doctores, antiguos y recientes, han escrito con especial afecto sobre este tema, especialmente los que han comentado el capítulos segundo de San Lucas y las palabras del Cantar de los Cantares, 8,6: *Grábame como un sello en tu corazón* y éstas del capítulo 5,2: *Yo dormía pero mi corazón velaba.*

Santa Matilde, de la orden de San Benito, que vivía en el año 1300, es citada sobre este tema y muy alabada por el Padre Poiré y por el Padre Canisio, como excelente isntrumento del espíritu de Dios y como oráculo del que se sirvió Jesucristo para comunicarse con los hombres.

Esta santa recibió de labios de Nuestro Señor muchas bellas instrucciones acerca de ladevoción que Él deseaba se tuviera a su adorabilísimo Corazón y al Corazón amabilísimo de su Madre bendita[1].

Te das cuenta por consiguiente cómo la devoción al Corazón sagrado de la gloriosa

1. Lib. 1, cp. 2, 5, 18; Lib. 2, cp. 16, 17; lib. 3, cp. 2, 7.

Virgen está fundada en la autoridad del Evangelio, de los Padres y Doctores de la Iglesia y en la piedad de los santos. Ella toma su origen no sólo en la Sagrada Escritura, en los escritos y en los corazones de los santos sino sobre todo en el Corazón adorable de Jesús, Hijo único de María, que quiso constituirse él mismo en su doctor y su predicador.

II. Razones que nos obligan a tener devoción particular al santísimo Corazón de la Virgen María

Infinidad de razones nos obligan a imitar a los santos y santas que acabo de mencionar en su devoción especial al Corazón de la Madre del amor hermoso. Te enumero algunas de las principales.

1. La primera es que debemos honrar y amar las cosas que Dios ama y honra y en las que es amado y glorificado.

Pues bien, después del adorabilísimo Corazón de Jesús no ha habido jamás, en cielo y tierra, un corazón tan amado y honrado por Dios y que haya glorificado y amado tanto a Dios como el dignísimo Corazón

de la Madre del Salvador. Es el trono más excelso del amor divino. En ese Corazón sagrado tiene el amor de Dios dominio perfecto. Porque siempre reinó en él sin intermisiones y sin obstáculos y con él las leyes todas de Dios, todas las virtudes cristianas, los dones del Espíritu Santo y las bienaventuranzas evangélicas.

2. Y es que la santa Trinidad encuentra en el santísimo Corazón de nuestra Señora un cielo de gloria y un edén de delicias. Porque, si, como lo desea el apóstol, los corazones de los fieles son morada de Jesucristo[1] y si el mismo Jesucristo nos asegura que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hacen su morada en los corazones de los que aman a Dios[2] ¿quién puede poner en duda que la Santa Trinidad haya tenido siempre su mansión de manera inefable y sorprendente, en el Corazón virginal de quien es la Hija del Padre, la Madre del Hijo y la Esposa del Espíritu Santo y que ella sola ama a Dios más que todas las criaturas juntas?

3. Además ese Corazón es el deposita-

1. Ef. 3,17.
2. Jo. 14,23.

rio sagrado de los misterios y portentos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo como lo afirma San Lucas: *«Y su Madre conservaba todo esto en su Corazón»*[1]. Es, pues, un Evangelio vivo de la vida del mismo Jesucristo.Si debemos agradecer a los evangelistas que nos hayan dejado por escrito, en papel, los misterios de nuestra redención, con cuánta mayor razón, debemos estar agradecidos con la Madre del Redentor por haberlos escrito y conservado en su Corazón para comunicarlos luego a los santos apóstoles para que ellos los anunciaran al mundo. Por eso un gran doctor llamó a la Virgen la biblioteca de los Apóstoles[2]. Lo que puede aplicarse también a su Corazón sacratísimo.

4. El Corazón amabilísimo de María es la fuente de sus piadosos sentimientos, de sus buenas palabras y acciones, de las virtudes que practicó y de la santidad de su vida. Porque así como, según dice el Señor, los malos pensamientos, palabras y obras proceden del corazón[3], también los buenos nacen en él.

1. Lc. 2,51.
2. VIGERIUS, De Mysterio Incarn. c. 20.
3. Mt. 15,19.

Si la Iglesia celebra fiestas en honor de acciones particulares de la Madre de Dios, como la Presentación, la Visitación, la Purificación, cuánto honor debemos tributar a su santo Corazón, fuente de cuanto hay en ella de santo, teniendo en cuenta, sobre todo, que es la sede del amor y éste es el principio, la medida y la regla de toda santidad.

5. La piedad popular ha conservado con veneración algunos objetos que se dice pertenecieron a la Madre de Dios; con cuánta mayor razón se debe honrar y celebrar con alabanzas a su Corazón, digno de todo honor[1].

6. ¿Quién podrá contar cuán encendido de amor estaba este Corazón incomparable para con su Hijo y con cuánta solicitud alimentaba, vestía y educaba a nuestro Salvador? Le debemos por ello gratitud sin medida.

7. Además, ¿cuánto reconocimiento debemos a ese Corazón tan lleno de caridad

1. San Juan Eudes menciona diversos objetos conservados en santuarios célebres de su época; en nuestros días su autenticidad se rechaza o al menos se pone en duda (N. del E.).

por nosotros? Si juntáramos en un solo corazón el amor de todas las madres que han existido, existen y existirán, sólo sería una chispa de esa hoguera ardiente de caridad que consumía el Corazón de la Madre del amor hermoso por todos sus hijos.

8. Aunque el Corazón de Jesús sea diferente del Corazón de María y lo sobrepase infinitamente en excelencia y santidad, Dios ha unido tan estrechamente esos dos corazones que podemos decir con verdad que no son sino un Corazón, animados por un mismo espíritu y por los mismos sentimientos y afectos.

Si San Bernardo, cuando habla del adorabilísimo Corazón de Nuestro Señor, nos da a entender que el Corazón del Salvador es nuestro corazón[1], con mayor razón podemos decir que ese mismo Corazón de Jesús es el Corazón de su santa Madre. Si se dijo de los primeros cristianos que no tenían sino un solo corazón y una sola alma por la mutua y estrecha caridad que los unía, con sobrados motivos, podemos afirmar que Jesús, Hijo de María, y María, Madre de

1. Tract. de Pass. Dom. cp. 3.

Jesús, no tienen sino un corazón y una sola alma, por la perfectísima coincidencia y armonía de espíritu, de voluntad, de sentimientos y de inclinaciones que existían entre ellos. Además Jesús de tal manera vive y reina en María que es de verdad el alma de su alma, el espíritu de su espíritu y el Corazón de su Corazón. Tan cierto es todo esto, que, hablando con propiedad, el Corazón de María es Jesús. Y así honrar y glorificar el Corazón de María es honrar y glorificar a Jesús.

9. La Iglesia canta todos los días al Hijo único de María: *Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron*[1] y San León[2] con San Agustín[3] nos enseñan que la Virgen Madre concibió y llevó al Hijo de Dios en su Corazón antes de concebirlo y llevarlo en sus entrañas y que lo llevó en su vientre porque primero lo había llevado en su Corazón por su amor ardentísimo hacia Él; y si lo llevó nueve meses en sus entrañas lo llevó siempre y lo llevará eternamente en su Corazón. Pues bien, si alaba-

1. Lc. 11,27.
2. Serm. 1, de Nat. Dom.
3. Lib. de Sanct. virg. cp. 3.

mos y veneramos las sagradas entrañas que llevaron al Hijo del eterno Padre y los pechos que lo alimentaron, ¿qué honor y qué alabanzas no deberemos tributar a su dignísimo Corazón?

10. Por la profunda humildad, la pureza sin igual y el amor ardentísimo de su Corazón virginal esta Virgen de las Vírgenes cautivó el Corazón del Padre eterno, que es su Hijo mismo, y lo atrajo a su Corazón y a sus entrañas. Por esas virtudes fue elevada a la sublime dignidad de Hija primogénita del Padre, de Madre del Hijo, de Esposa del Espíritu Santo, de santuario de la Trinidad, de soberana del universo. Debido a ello nos fue dada por Madre, abogada y protectora. ¡Cuánta gloria merece su dichoso Corazón!

11. Este Corazón maternal fue traspasado por una espada de dolor al pie de la cruz de su Hijo. San Lorenzo Justiniano dice a este propósito que «el Corazón de la Virgen llegó a ser como un espejo terso de la Pasión de Jesucristo e imagen perfecta de su muerte»[1]; ahora bien, como hemos sido nosotros, con nuestros pecados, la causa de

1. Lib. de Triumph. Agone Christi, cp. 21.

todos sus dolores, estamos en la obligación de tributarle toda la gloria que nos sea posible para reparar el disgusto y la angustia que le hemos proporcionado.

12. Así como debemos compartir las aflicciones de la santísima Virgen, debemos igualmente alegrarnos de sus consuelos. Y así como hemos causado amarguras a su alma debemos esmerarnos por acrecentar las alegrías de su Corazón mediante la alabanza y valiéndonos de cuantos recursos dispongamos para servir y honrar ese Corazón sin igual.

13. Este Corazón admirable es la imagen perfecta del Corazón divino de Jesús; es el ejemplar y el modelo de nuestros corazones; nuestra felicidad, perfección y gloria consiste en que nuestros corazones sean imágenes vivas del santísimo Corazón de María así como Él es la imagen perfecta del Corazón adorable de Jesús. De ahí que sea muy provechoso exhortar a los cristianos a la devoción al Corazón de la Virgen María. Ya que la suprema devoción, dice San Agustín, es imitar aquellos que honramos, invitar a los fieles a que honren el Corazón de la Madre de Dios es incitarlos a imitar sus eminentes virtudes, a grabar su imagen

en sus corazones y a ser dignos hijos del Corazón de Madre tan excelsa.

14. El Corazón de la Reina de los Ángeles no sólo es el prototipo y el ejemplar sino también, después del Corazón de Jesús, el Rey de todos los corazones que han sido creados para amar a Dios. Este Corazón no sólo debe ser considerado e imitado como modelo de todos los corazones sino que debe recibir de ellos los homenajes debidos a su Soberano.

III. Qué se entiende por Corazón de la santa Virgen

Si me preguntas qué se entiende por *Santísimo Corazón de la santa Virgen* es importante que antes tengas en cuenta que el término CORAZÓN tiene diversos sentidos en la Sagrada Escritura.

1. Significa el corazón material y corporal que llevamos dentro del pecho; él es la parte más noble del cuerpo humano, principio de la vida, primero en vivir y último en morir; es la sede del amor, del odio, de la alegría, de la tristeza, del miedo y demás pasiones del alma. De este corazón habla el

Espíritu Santo cuando dice: «*Por encima de todo guarda tu corazón porque de él brota la vida*»[1]. Como si dijera: si diriges y regulas las pasiones y movimientos de tu corazón, ajustándolos a la razón y al espíritu de Dios, gozarás de vida corporal larga y tranquila y de vida espiritual santa y honrada. Pero si ellas se enseñorean de tu corazón te darán muerte temporal y eterna.

2. El término CORAZÓN se emplea en la Sagrada Escritura para significar la memoria como cuando dice el Señor a los apóstoles: «*Poneos en el corazón que no tenéis que preparar vuestra defensa*»[2], es decir: acordaos cuando os lleven por causa de mi nombre ante los reyes y los jueces de que no debéis preocuparos de lo que vais a responder.

3. Significa también el entendimiento mediante el cual hacemos la meditación. Ésta consiste en un discurrir y razonar sobre las cosas de Dios para persuadirnos y convencernos acerca de las verdades cristianas. Éste es el corazón que señalan aque-

1. Prov. 4,23.
2. Lc. 21,14.

llas palabras: *Acoge las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón*[1].

4. Expresa igualmente la voluntad libre que es la más noble de las potencias del hombre, la reina de las demás facultades, la raíz del bien y del mal, la madre del vicio y de la virtud. De este corazón hace mención Jesucristo cuando dice: *El que es bueno, de la bondad que almacena en su corazón saca el bien; y el que es malo saca el mal*[2]. Un buen corazón, es decir, la buena voluntad del justo es un tesoro inapreciable del que sólo nace toda suerte de bienes; pero un corazón malo., o sea la mala voluntad del malvado, es fuente de toda maldad.

5. Corazón significa también aquella parte suprema del alma que los místicos llaman «la punta del espíritu» por la cual se realiza la contemplación. Ésta consiste en una exclusiva mirada y sencillísima visión de Dios sin razonamiento ni multiplicidad de pensamientos. En opinión de los santos Padres a esta parte se refiere el Espíritu

1. Sal. 19 (18),15.
2. Lc. 6,45.

Santo al hacer decir a la santa Virgen: *Yo duermo pero mi corazón vela*[1]. Porque ni el descanso ni el sueño de su cuerpo le impedían, dicen San Bernardino de Siena y varios otros, que su Corazón, vale a decir la parte más excelsa de su espíritu, estuviera siempre unido a Dios mediante altísima contemplación[2].

6. A veces se entiende por corazón el interior del hombre, cuando pertenece al alma y a la vida interior y espiritual conforme a estas palabras del Hijo de Dios al alma fiel: *Grábame con un sello en tu brazo, como un sello en tu corazón*[3]. Es decir, imprime en tu alma y en tu cuerpo, mediante la perfecta imitación, la imagen de mi vida interior y exterior.

7. Puede significar el Espíritu Santo que es el Corazón de la santa Trinidad. Ella promete dárnoslo para que sea nuestro espíritu y nuestro corazón: *Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo*[4]. Y para darnos a entender cuál sea ese espíri-

1. Cant. 5,2.
2. Tom. 2, serm. 51.
3. Cant. 8,6.
4. Ez. 36,26.

tu y ese corazón añade: *Os infundiré mi espíritu*[1].

8. Al hijo de Dios se le llama en las Sagradas Escrituras el Corazón del Padre eterno. Porque de ese Corazón habla el Padre a su divina Esposa, la purísima Virgen, cuando le dice: *Me has raptado el Corazón, hermana y novia mía*[2]. Y a ese mismo Hijo de Dios se le llama también *el aliento de nuestra boca*[3], es decir, el alma de nuestra alma y el corazón de nuestro corazón.

9. También se toma el término CORAZÓN por la facultad y capacidad de amar que se puede alojar en la parte superior o inferior, material o sobrenatural del alma, como también el amor humano y divino que procede de esa facultad. A ese corazón se refieren las palabras: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón*[4], es decir, con toda la capacidad de amar que Él te ha dado.

Con estas premisas, paso a dar respuesta a la pregunta inicial. Entiendo por Corazón de la santa Virgen lo que su Hijo

1. Ez. 36,27.
2. Cant. 4,9.
3. Lam. 4,20.
4. Mt. 22,37.

amadísimo quiso decir con aquellas palabras que dirige a todos los cristianos, pero principalmente, a su divina Madre: *Grábame como un sello en tu corazón*[1].

Entiendo lo que ella quiere darnos a comprender cuando nos dice: *Yo duermo pero mi corazón vela*[2].

Entiendo lo que el Espíritu Santo quiere declararnos cuando nos dice en San Lucas: *María conservaba todas estas cosas en su corazón*[3].

Y para hablar más claramente, entendemos por Corazón de la gloriosa Virgen esas nueve clases de corazones que acabamos de enumerar, que todos forman un solo Corazón en la Madre de amor. En efecto, por una parte todas las facultades de la parte superior e inferior de su alma han estado perfectamente conjugadas y por otra, Jesús, que es el Corazón del Padre eterno y el Espíritu Santo de Jesús, que es el Corazón de la santa Trinidad, le fueron dados a ella, para ser el Espíritu de su espíritu, el Alma de su alma y el Corazón de su corazón; ella se encon-

1. Cant. 8,6.
2. Cant. 5,2.
3. Lc. 2,19. 51.

traba, en efecto, más llena, penetrada, animada, poseída y conducida por Jesús y por su divino Espíritu que por su propio espíritu y su propio corazón.

Y podemos decir con verdad que todos esos corazones, que forman uno solo, están incluidos en estas palabras del Espíritu Santo: *María conservaba todas estas cosas meditándolas en su Corazón.* Porque:

1. Conservaba los misterios y maravillas de la vida de Jesús, su Hijo, en su Corazón sensible y corporal, principio de la vida y sede del amor y de las demás pasiones. Porque todos los latidos de ese Corazón virginal, las funciones de la vida sensitiva que de él procedían, y los actos de dichas pasiones, tenían por objeto a Jesús y cuanto acontecía en él: el amor para amarlo, el odio para detestar lo que es contrario, la alegría para regocijarse por su gloria y su magnificencia, la tristeza para afligirse por sus trabajos y sufrimientos. Y así de las demás pasiones.

2. María los conservaba en su Corazón o sea en su memoria, en su entendimiento, en su voluntad, y en lo más profundo de su espíritu. Porque todas las facultades superiores de su alma se hallaban permanente-

mente ocupadas en recordar, meditar, contemplar, adorar y glorificar la vida de su Hijo, hasta en el menor detalle, consciente de que nada había en Él que no fuera infinitamente grande y adorable; y si cuida con tanta solicitud de nuestras pequeñas cosas hasta contar nuestros pasos y los cabellos de nuestra cabeza, si recompensa con gloria eterna las menores acciones hechas por amor a Él, mucho más debemos considerar y honrar todo cuanto Él ha dicho, hecho y padecido por nosotros en este mundo.

3. María los conservaba en su Corazón, vale decir en su alma y en su interior, esmerándose en realizar estas divinas palabras. *Grábame como un sello en tu corazón*, así imprimía en su alma y en su cuerpo la imagen perfecta de la vida y de las virtudes de su Hijo; y conservaba esas cosas en su Corazón mediante la imitación.

4. María los conservaba en su Corazón mediante el Espíritu Santo que era el Espíritu de su espíritu y el Corazón de su corazón; conservaba para ella todos estos misterios y maravillas; se los hacía repasar y recordar para que fueran su aliento por la contemplación y tributar así a su Hijo el honor y la adoración que le eran debidos y

poder luego transmitirlos a los apóstoles y a los discípulos.

5. De la misma manera los conservaba en su Corazón mediante su Hijo, Jesús, que la llenaba, poseía y guiaba como no hubieran podido hacerlo su propio espíritu y corazón: Él esclarecía su entendimiento con luces infinitas e imprimía en su alma un inmenso respeto y veneración por los misterios realizados en ella o de los que había sido testigo.

6. Finalmente los conservaba en su Corazón empleando toda su capacidad natural y sobrenatural de amar, en un ejercicio continuo de amor purísimo, decidido y ardiente, a su Hijo Jesús, único objeto de sus afectos; amaba igualmente cuanto le acontecía en su interior y su exterior, en su humanidad y su divinidad. Por causa de ese amor Jesús residía, vivía y reinaba siempre en su Corazón, conforme a sus palabras: *Si alguno me ama, mi Padre lo amará y vendremos a él y viviremos en el*[1].

Esto es lo que entendemos por Corazón santísimo de la Amada de Dios. Deseamos,

1. Jo. 14,13.

sobre todo, venerar y honrar primera y principalmente la facultad y capacidad de amar, natural y sobrenatural, que se encuentra en esta Madre de amor. Ella la empleó íntegramente en amar a Dios y al prójimo. Es este amor y caridad de la madre del Salvador el que está expresado y contenido en la palabra CORAZÓN cuando decimos: *Grábame como un sello en tu corazón*. Porque aun cuando el término CORAZÓN representa todo el interior, significa principalmente el amor, como lo atestiguan estas otras palabras: *Porque es fuerte el amor como la muerte, es centella de fuego, llamarada divina*[1]. Y así cuando el Esposo celestial dice a su Esposa: *Grábame como un sello en tu corazón, como un sello sobre tu brazo* es como si dijera: graba en ti una imagen perfecta del amor que tengo por mí mismo y que tengo por ti y un retrato vivo de la caridad que tengo a todos los hombres. Que tu Corazón se encienda interiormente con el fuego sagrado del amor que me tengo a Mí mismo y de mi caridad para con todas las criaturas y que las llamas de ese fuego

1. Cant. 8,6.

se hagan visibles en sus palabras y en tus obras.

Nunca se ha encontrado ni se hallará jamás alguien que haya cumplido tan perfectamente este mandamiento del divino Esposo de las almas fieles como la Virgen fidelísima. Por eso es llamada *la Madre del amor hermoso*[1].

Así pues, lo que contemplamos y veneramos de manera especial en nuestra Señora y Madre es ese amor y caridad incomparables. Eso es lo que entendemos primordialmente por su Santísimo Corazón. Es bajo esta hermosa cualidad y glorioso título de *Madre de amor y de Caridad* como deseamos honrar y alabar a esta admirable Virgen y madre.

IV Continúa el mismo tema

Por lo dicho puedes ver que celebrar y honrar el santísimo Corazón de la santa Virgen es celebrar y honrar las funciones todas de su vida corporal y sensitiva, de la que el Corazón es el principio.

1. Eccli. 24,24.

Es honrar el uso santo que hizo ella de las pasiones que tienen su sede en el corazón, como también de su memoria, entendimiento y voluntad y de la parte suprema de su espíritu.

Es honrar infinidad de maravillas que tuvieron lugar en su alma y en su vida interior y espiritual.

Es honrar los frutos de luz, de gracia, de santidad que el Espíritu Santo y su Hijo Jesús, que son el Corazón de su corazón, han obrado en ella y la respuesta fiel que ella dio para colaborar con ellos.

Pero, sobre todo, es celebrar y honrar de manera especial el inmenso amor y caridad ardiente de esta Madre del amor hermoso para con Dios y para con los hombres y todas las consecuencias que tal amor y caridad produjeron en sus pensamientos, palabras, plegarias, acciones, sufrimientos y en la práctica de todas las virtudes.

¿Qué honor no merecen portentos tan grandes y admirables?

1.¡Cuánta veneración se merece ese Corazón sensible y corporal de la Madre de Dios que ha sido el principio de la vida humana del Niño Jesús cuando habitaba en sus benditas entrañas! En efecto, mientras un

niño está en el vientre materno el corazón de la madre es fuente de la vida tanto del hijo como de la suya propia en total y mutua dependencia.

¡De cuánto respeto y de cuántas alabanzas no es digno el Corazón santo de María del que el Niño Jesús quiso depender durante nueve meses! ¡Corazón admirable, principio de dos vidas tan nobles y preciosas: de la vida purísima y santa de la Madre de Jesús y de la vida humanamente divina y divinamente humana del hijo de María! ¡Corazón sobre el que el Niño Jesús tantas veces descansó! ¡Corazón que por su calor natural produjo la purísima leche que lo alimentó! ¡Corazón que es la parte más noble y venerable de su cuerpo virginal, que dio un cuerpo al Verbo eterno, a quien los espíritus celestes adoran y bendicen! ¡Corazón, en fin, que es sede y templo en el que las pasiones del amor y del odio, de la alegría y de la tristeza han tributado tanto honor y gloria al que ha sido siempre su dueño y rey absoluto y a cuya voluntad tales pasiones han estado plenamente sometidas!

2. ¡Cuánto honor no merecen las facultades superiores de la Virgen Madre, su me-

moria, su entendimiento, su voluntad y la parte más íntima de su espíritu que no han tenido más ocupación que Dios y su Hijo único y han estado solo bajo la moción del Espíritu Santo!

3. ¡Cuánto no debemos honrar el alma santa y la vida interior y espiritual de la Madre de Dios que es la imagen perfecta del alma deificada de Jesús y vivo retrato de su vida interior y oculta!

4. ¡Cuánta gloria no debemos tributar a Jesús, que es el verdadero Corazón de María, y al Espíritu Santo de Jesús, que es el Espíritu de su espíritu y el Alma de su alma, por tantos pensamientos sanos con que colmaron su espíritu, por tantas luces celestiales con las que iluminaron su memoria y su entendimiento, por tantas iniciativas infundidas en su voluntad, por la altísima contemplación a la que la elevaron, por tantos ardores con que inflamaron su Corazón, por tantos dones de la gracia y tantas virtudes eminentes con que adornaron su alma y por tantos prodigios obrados, a lo largo de tanto tiempo, en las facultades de su alma santa!

5. ¡Cuántas alabanzas no merece esta Reina de los corazones consagrados a Jesús no sólo por no haber puesto jamás óbice

a la acción de su Hijo y del Espíritu en ella, sino por haber correspondido y cooperado con tanta fidelidad, con todo su corazón y según la plenitud de la gracia que en ella había! Usó perfectamente de estas luces, dones y favores para la gloria de Dios y el cumplimiento de sus voluntades divinas.

6. Pero sobre todo, ¡cuánto honor, gloria y amor debemos a esta Madre del amor hermoso, la más amante y amable y la más amada por Dios y por los hijos de Dios entre todas las criaturas! ¡Cuánta honra no merece esta Madre amorosa que es toda Corazón, toda amor y toda caridad hacia Dios y hacia los hombres por los frutos admirables y copiosos de su amor y caridad incomparables!

Porque, para decirlo una vez más, lo que nos proponemos bendecir, alabar y enaltecer, en todas las formas posibles, es este amor, milagro de los divinos amores; es esta caridad, maravilla de las santas caridades; es el Corazón virginal, colmado, poseído y abrasado en tal amor y caridad.

Deseamos honrar en la santa Virgen, Madre de Jesús, no sólo algunos de sus misterios o acciones, como su Concepción, Nacimiento, su Presentación, su Visitación o

su Purificación; no sólo algunas de sus cualidades como su condición de Madre de Dios, o de Hija del Padre, o de Esposa del Espíritu Santo, o de Templo de la santa Trinidad, o de Reina del cielo y de la tierra; ni siquiera honramos solamente la fuente y el origen de su santidad y de la dignidad de sus misterios, acciones, cualidades y de su persona, es decir su amor y su caridad, ya que, según los santos doctores el amor y la caridad son la medida del mérito y el principio de toda su santidad.

Veneramos ese Corazón lleno de amor y caridad que santificó los pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos de la santa Madre del Salvador.

Honramos ese Corazón, hoguera del amor y de la caridad divinos que santificó su memoria, entendimiento, voluntad y las facultades superiores e interiores de su alma.

Ensalzamos ese Corazón que adornó toda su vida interior y exterior con santidad maravillosa e incomparable.

Enaltecemos ese Corazón que contiene en grado eminente todas las virtudes, los dones y frutos del Espíritu Santo y las Bienaventuranzas evangélicas.

Glorificamos ese Corazón que atrajo hacia ella el Corazón de la santa Trinidad, esto es, el Espíritu Santo para que fuera su Espíritu y su Corazón.

Tributamos honra a ese Corazón que conmovió el Corazón del Padre eterno, o sea su Hijo amadísimo para que fuera el Corazón de su corazón.

Es ese Corazón que hizo que sus sagradas entrañas y sus benditos pechos fueran dignos de llevar y alimentar al que sostiene al mundo y que es la vida de todos los vivientes.

Es ese Corazón el que la exaltó a la dignidad, en cierto modo infinita, de Madre de Dios y Señora del universo. Por ello dice San Agustín[1] que su mayor dicha fue llevar a Jesucristo en su Corazón antes que en sus entrañas; y si la Iglesia canta con razón: *Bienaventuradas las entrañas de María Virgen*, con mayores motivos puede decir: *Dichoso el Corazón de María Virgen que llevó al Hijo del eterno Padre.*

Podemos afirmar por consiguiente que por haber sido este Corazón ardiente de

1. Lib. de sancta virginitate, cap. 3.

amor y de caridad el que la constituyó Madre de Jesús, ese mismo Corazón la hizo Madre de todos los miembros de Jesús.

Ese Corazón la exaltó en el cielo sobre los serafines y la hizo sentar en un trono de gloria, incomparable de grandeza, poder y felicidad, por su dignidad, infinita en cierta manera, de Madre de Dios.

Ese Corazón bendito es fuente inexahusta de dones, gracias, favores y bendiciones para los que aman de veras a esta Madre del amor hermoso y honran con devoción su amabilísimo Corazón según las palabras que el Espíritu Santo le hace decir: *Yo amo a quienes me aman*[1].

Finalmente, con este Corazón divino y maternal de nuestra Madre y nuestra Reina tenemos obligaciones casi infinitas. Por eso nunca podríamos tributarle cumplida honra, alabanza y gloria.

De todo lo dicho puedes concluir que es bueno y santo, muy útil para nuestras almas y agradable sobremanera a Dios, al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo y a la santa Madre de Dios celebrar la memoria de tantas

1. Prov. 8,17.

maravillas y consagrar un día al año a esta devoción del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen. Agradecemos así a la santa Trinidad tantas pruebas de su bondad hacia la más noble y querida de sus criaturas; nos regocijamos con esa Madre de amor por los portentos que el Todopoderoso realizó en su amabilísimo Corazón y nos estimulamos, meditando en sus dones, a tributarle el honor y el servicio que Él quiere que le rindamos y a hacernos dignos, con la ayuda de su gracia, mediante la imitación de sus virtudes, de pertenecer al número de los verdaderos hijos de su Corazón maternal.

V. Siete medios de honrar el santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen

Las anteriores consideraciones muestran a las claras que la devoción al santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen María está muy sólidamente fundada. Por eso debemos idear toda clase de medios para honrarlo y hacerlo honrar por los cristianos. Te expongo siete principales:

1. Si deseas agradecer a ese Corazón virginal tan solícito por tu salvación escucha

y obedece lo que el Señor te dice con estas palabras: *Hijo mío, dame tu corazón*[1] y con estas otras: *Convertíos a Mí de todo vuestro corazón*[2].

Para ello haz el firme propósito de cumplir la promesa que hiciste a Dios en tu bautismo de renunciar enteramente a Satanás, a sus obras pecaminosas y a sus pompas, es decir, al mundo y de seguir a Jesucristo en su doctrina, en sus costumbres y virtudes.

Y para que te conviertas a Dios no sólo de corazón sino con todo tu corazón, proponte fervientemente, con la gracia de Dios, convertir y dirigir las pasiones de tu corazón a su divina Majestad, poniéndolas al servicio de su gloria. El amor, por ejemplo, amando sólo a Dios y al prójimo en Dios y por Dios; el odio, odiando sólo el pecado y cuanto lleva a él; el temor, temiendo únicamente en este mundo desagradar a Dios; la tristeza, no sintiéndola sino por haber ofendido a Dios; la alegría, colocando todo tu gozo en servir y amar a Dios y en seguir en todo y por todo su santa Vo-

1. Prov. 23,26.
2. Joel, 2,12.

luntad.

Adoramos a un Dios que no nos pide cosas difíciles. Se contenta con que le demos nuestro corazón, con sus afectos, en especial los del amor y del odio; el amor para amarlo sobre todas las cosas y con todas nuestras fuerzas y el odio para odiar sólo el pecado.

¿Qué hay de más amable que amar una bondad infinita de la que sólo hemos recibido toda suerte de bienes? ¿Qué hay de más fácil que odiar lo más abominable que hay en el mundo y que es la causa de todos nuestros males?

Desde ahora entrega por entero y de manera irrevocable tu corazón a Aquél que lo ha creado, que lo ha rescatado y que tantas veces te ha dado el suyo. Y para que tome plena posesión de él, comparte los mismos sentimientos del Corazón de María, a saber:

—gran sentimiento de horror y de abominación frente al pecado,

—hondo sentimiento de odio y desprecio por el mundo depravado y por todo lo que le pertenece,

—profundo sentimiento de humilde estima, y aún de menosprecio, por ti mismo,

—radical sentimiento de aprecio, respeto y amor por todo lo que atañe a Dios y a su Iglesia,

—alto sentimiento de veneración y afecto por la cruz de Jesucristo, por las privaciones, humillaciones, penas y sufrimientos, que son los más preciados tesoros del cristiano en este mundo, según el oráculo celestial: *Teneos por muy dichosos, hermanos míos, cuando os veáis asediados por pruebas de todo género*[1] para que puedas decir con San Pablo: *Dios me libre de gloriarme sino de la cruz de Cristo*[2].

2. Uno de los medios más útiles de honrar el dignísimo Corazón de la Reina de las virtudes es que te esmeres por imitar e imprimir en tu corazón una viva imagen de su santidad, afabilidad, bondad, humildad, pureza, sabiduría y prudencia, de su paciencia, obediencia, vigilancia, fidelidad, amor y demás virtudes.

3. Entrega a menudo tu corazón a esta Reina de los corazones consagrados a Jesús y suplícale que tome plena posesión de

1. Sant. 1,2.
2. Gal. 6,14.

él para que lo entregue sin reserva a su Hijo y para grabar en él todos estos sentimientos y virtudes haciéndolo así imagen del Corazón del Hijo y de la Madre.

4. Socorrer a los pobres, a las viudas, a los huérfanos y a los extranjeros; proteger a los indefensos, consolar a los afligidos, visitar a los enfermos y prisioneros y practicar otras obras de misericordia semejantes agrada sobremanera al Corazón misericordioso de la Madre de la gracia.

5. Sobre todo, la mayor alegría que podamos proporcionar al Corazón sagrado de María, encendido en amor por las almas que costaron la sangre preciosa de su Hijo, es trabajar con celo y con amor en su salvación. Porque si los corazones de los ángeles y de los santos del cielo se regocijan cuando se convierte un pecador en la tierra, el Corazón de su Reina se alegra más por ello que todos los habitantes del cielo juntos por cuanto tiene más amor a Dios y a los hombres que todos los corazones angélicos y humanos del cielo y de la tierra.

6. Procura tributar diariamente algún homenaje especial a este Corazón real de la Señora del universo mediante algún acto piadoso o con alguna plegaria por esta in-

tención. Puedes servirte para ello de la Salutación compuesta en su honor que encontrarás al final de este libro[1].

7. Acuérdate de destinar un día cada año para festejar este Corazón. En algunos lugares se hace ya el primero de junio. Pero en muchos otros se celebra la fiesta solemne el ocho de febrero, fecha más conveniente para este efecto.

Primero, para poder dotarla de Octava, lo que se hace más fácilmente en este tiempo.

Segundo, porque si se pesan bien aquellas palabras: *María conservaba todas estas cosas en su Corazón,* registradas dos veces en el capítulo 2° de san Lucas, ellas nos proclaman lo más notable y digno de admiración en el muy noble Corazón de la Madre del Salvador, digno por tanto de nuestra rendida veneración. Pues bien, en el primero de estos textos esas palabras se refieren a los hechos maravillosos que tuvieron lugar en la divina Infancia del Hijo de Dios; en el segundo mencionan los que

1. Se trata de la oración compuesta por san Juan Eudes **Yo te saludo, María, Hija de Dios Padre.**

sucedieron durante su vida oculta. Ambos declaran que su santa Madre conservó fielmente los unos y los otros en su Corazón.

Y precisamente, el comienzo del mes de febrero, cuando se celebra la fiesta del Corazón de la santa Virgen, coincide con el final del tiempo consagrado a honrar la divina Infancia, que culmina con la fiesta de la Purificación, y abre el tiempo dedicado a honrar la vida oculta, período que va desde la Purificación hasta la Cuaresma.

De ahí que el tiempo del año más propicio para celebrar la fiesta del amabilísimo Corazón de la Madre de Dios es el comienzo del mes de febrero.

Muchos eminentes prelados, que han honrado con su aprobación este libro, han exhortado a sus diocesanos a acoger esta devoción y a celebrar en esta fecha esta festividad sirviéndose del oficio que se publica en seguida, inspirado en la Sagrada Escritura y en los santos Padres.

Finalmente, si no viviéramos en un siglo en el que, al parecer, cuesta creer en el Evangelio, podría referir aquí varios milagros realizados en el cuerpo y en el espíritu por la invocación y los méritos del santísimo Corazón de la bienaventurada Vir-

gen. Me limitaré sólo a decir que es imposible que Nuestro Señor Jesucristo pueda rehusar nada de cuanto se le pide conforme a su gloria y a nuestra salvación, sobre todo cuando se le ruega por el amabilísimo Corazón de su queridísima Madre que lo ama y amará siempre con mayor fervor que todos los corazones de los ángeles y de los santos.

Suplico a Jesús, Rey de los corazones, por el inmenso amor de su Corazón filial hacia su santa Madre y por la perfecta dilección que el Corazón maternal de María le tiene, que bendiga, con sus más preciadas bendiciones, a cuantos celebren esta fiesta de su sacratísimo Corazón y que establezca en sus corazones el imperio eterno de su divino amor.

Oro a María, Madre de Jesús, por el adorable Corazón de su Hijo amadísimo y por el suyo propio, que ofrezca esos corazones a la divina Voluntad, rogándole que aniquile en ellos cuanto le desagrada, y viva y reine perfectamente en ellos para siempre.

Ruego finalmente al Hijo y a la Madre que envíen centellas de la hoguera ardiente de sus amabilísimos Corazones a los corazones de quienes celebran con amor dicha

fiesta, para que los enfervorice en amor sagrado si se encuentran tibios, los incendie si están ardientes, los abrase si están incendiados.